

Redacción
y
Administración
Calle del Carmen,
13 duplicado



Precios de
suscripción
Al mes. 30 cts.
Número suelto 5 cts.

PAGO ANTICIPADO Toda la correspondencia será dirigida á esta Administración y Redacción. NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

AVISO

Rogamos á nuestros suscriptores de fuera de la localidad que, habiéndose publicado los cinco números correspondientes al presente mes, y por consiguiente cumplido éste, se sirvan remitir su importe en sellos de correo por el medio más fácil que les sea posible.

También tendrán en cuenta que teniendo esta clase de pago el descuento de un tres por ciento, el importe de la suscripción será el de 30 céntimos.

Lo que se hace presente para la buena marcha de este periódico.

A nuestros Lectores

Habiendo sido muy favorecidos por nuestros lectores en la venta de este semanario y por tanto aumentado la suscripción del mismo hemos tenido á bien el aumentar el tamaño del presente número como prueba de gratitud.

Damos las más expresivas gracias á todos en general y á la vez les manifestamos que la redacción de este semanario ha quedado completamente transformada de personal y que continuará sus escritos en las mismas ideas de su fundación.

LA REDACCIÓN

DESDE UNA TUMBA

EPISODIO DRAMÁTICO EN UN CEMENTERIO
EL DIA DE DIFUNTOS.

Interior de una tumba de mármol esculpado, lleno al exterior de coronas, flores y negros rospones. En el fondo de ella, y en semi-obscuridad, dos rícos ataúdes, en que descansan los esqueletos de los padres del dueño de la misma.

UNA VOZ. (Desde el ataúd del padre).—¡Qué extraños ruidos! El sueño de muerte que aprisionaba mis sentidos me deja al parecer en cierta libertad, y se me figura volver á la vida. Es de noche. ¡Cómo me oprimen estas tablas! ¡Cuán flacos siento mis miembros! ¡No puedo levantarme,

apesar de sentir para ello vivos impulsos! ¿Dónde estoy, Dios mío?

OTRA VOZ. (Desde el ataúd de la madre).—Oigo la voz del hombre con quien el amor me hizo un día feliz. ¡Despierta al fin de su sueño! También me siento despierta yo y con impaciencia por dejar este ataúd que me aprisiona sólo una vez al año nos permite Dios abandonar un momento el frío letargo de la muerte. Es hoy día de Difuntos. ¡Salgamos, salgamos, pues!

(Sale del ataúd se dirige al de su esposa).—Amado mío, ¿por qué suspiras?

EL.—¿Eres tú, esposa mía? Esa voz cómo me alegra á la vez y me entristece! ¡Cuántos años, ay! te he llorado en el mundo!

ELLA (abriendo el ataúd de su esposo).—¡Levántate! Hoy es nuestro día. Sal querido esposo, de tu ataúd.

EL (levantándose).—¡Oh esposa de mi corazón! ¡Tantos años sin vernos y volver ahora á encontrarnos! Pero ¿dónde estamos, Dios mío? Nos rodean las tinieblas. ¡Venga pronto la luz! ¡O!... sí! Luz, luz! Quiero ver ese rostro espejo que fué de mi ventura; quiero contemplar esos ojos, cuyo centelleo llenó un día de felicidad mi corazón.

ELLA.—¿Luz? ¿Y para qué? No; ya tenemos en el mundo esposo y fi. Sólo el nombre y el recuerdo, que también, al fin se desvanecen, es lo que el mundo conserva de nosotros dos. Mas dí ¿quieres luz? Ven y verás si quiera por los resquicios y junturas de esos mal unidos mármoles lo que te mostrará la luz. Sígueme.

(Coje por la mano á su esposo y saliendo del subterráneo suben ambos á la parte superior de la tumba. Una vez allí hácele mirar por el resquicio de los mármoles). ¡Ves!

EL.—¡Oh! El cementerio.

ELLA.—Sí, esposo mío, el cementerio.

EL.—Pues ¿quién soy yo?

ELLA.—No eres sino el esqueleto de un cuerpo humano, ruinas de un hombre que será polvo dentro de poco.

EL.—¡Ah! Soy un muerto y estoy desde aquí contemplando la tierra de los vivos!

ELLA.—Sólo una vez al año tenemos este privilegio. Hoy es el día en que los muertos, por voluntad de Dios, vuelven unos momentos á la vida, bien que no ataviados con mundanas galas, ni ostentando las frescas carnes que cubrían sus osamentas, sino oyendo á cada paso el crujir de su propio esqueleto, huecas las cuencas de sus ojos y sin corazón y sin entrañas. Después la negra fosa vuelve á cubrirnos con su obscuridad y otra vez nos mira en su fondo inmóviles y helados. Corto es nuestro día; aprovechémoslo. Mira. No ves que gentío llena las calles todas de este lúgubre recinto? Admira la profusión de gasas, cintas y coronas que á montones ostentan esas tumbas, decoradas con ricos mármoles y estatuas. ¿Ves aquella de allá? Dice: «A mi abuelo.» La otra: «A mi hijo.» Esta: «A mi esposa.» Y la que habitamos nosotros ostenta en la dorada verja este letrero: «A los padres.» Todos pienen sus prendas queridas. ¡Todos se acuerdan de ellas!

EL.—Pero ¿dónde están nuestros hijos?

ELLA.—Míralos ahí, ahora pasan.

EL.—¿Y no vienen aquí? ¿Y aquí no rezan?

ELLA.—¿Venías acaso tú á este sitio á rezar en tal día como hoy?

EL.—No; pero, yo sabes, ni una noche dejé de orar por tí.

ELLA.—Calla, que vienen nuestros hijos y hablan. Escuchemos.

EL HIJO (á su esposa).—¡Parece bien la tumba! ¿No es verdad?

SU ESPOSA.—Sí; pero la corona la han puesto mal y las letras no se ven desde aquí.

EL HIJO.—¿Qué tal la verja?

SU ESPOSA.—Es de buen gusto, está elegante.

EL HIJO.—Seis mil reales me costó. Es brava prenda. De fijo haba mañana de ella la crónica del *Diario*.

SU ESPOSA.—Muy seca está la hierba.

EL HIJO.—Tal vez no ha venido á renovarla el jardinero.

SU ESPOSA.—¡Es lástima!

EL HIJO.—Quería sin duda el muy truhán, mirando sólo por sus intereses, que yo le enviase cada semana acá para arreglar esas frioleras. Sería tirar el dinero. ¿Quién, por otra parte, hace caso de eso no siendo en el día de hoy?

SU ESPOSA.—Claro está á no ser hoy, nadie se viene por ahí. (se van.)

LA MADRE (desde la tumba á su marido).—¿Has oído?

EL.—¡Jugratos! ¡Y se van sin acordarse de nosotros! ¡Y se alejan sin pronunciar sus labios una oración que nos aproveche!

LA.—Así son muchos. Si piensan al parecer, en los que han muerto, es para que el mundo alabe su propia vanidad. ¡No se viene acá á orar! Acá vienen para lucir su orgullo y tal vez para hacer escarnio de sus difuntos.

EL.—¿Qué hace aquel jóven?

ELLA.—Coge de nuestro cercado una flor.

LA.—Mira cómo se la da á aquella muchacha.

ELLA.—Cierto; ¡y cómo ella le mira y la toma y sonrío!

EL.—¿Y aquel otro de más allá? Parece que come.

ELLA.—¡Y aquellos otros se traban de palabras!

EL.—¿Y este otro? ¡Ah! Este aprovecha el barullo par robar á un des-cuidado.

ELLA.—¡Oh vergüenza! ¿Y es esto honrar nuestra memoria? ¿Oh siglo, que así profanas los más sagrados recintos? Ya nada hay para tí digno de respeto. Materia es todo, y el hambre, antes de descender á la fosa, parece ya haberse desprendido de su alma espiritual, y ser solamente huesos y carne: Este gentío que hoy se reúne aquí ¿dónde estará dentro de pocas horas? Otra vez en el ruido del mundo para no acordarse ya un minuto más de nuestras sepulturas, que hoy adorna con tanta profusión. Llorosos vienen acá algunos durante el año á depositar entre nosotros una prenda querida. Pero después ni de ella ni de los otros que día y noche permanecemos en esta soledad, se acuerdan más para dedicarnos una lágrima ó una lágrima ó una oración.

EL.—¡ah! ¡Cuán bien hacía yo en acudir en día como hoy á estos sitios! Nunca, al menos, pudiste, esposa mía confundirme con los que tan justamente desprecias. La muerte me había separado de tí, esposa mía, y el aspecto de este sitio destrozaba mi corazón. Yo no osaba agercarme á él. Pero bien sabías tú cuántas eran las horas del día y de la noche que lloraba con tu recuerdo. Antes de cerrar los ojos al sueño y en los momentos en que me rodeaba la soledad, dirigía

por tí mis oraciones al cielo.

ELLA.—¡Cien veces bendita la oración con que tan de continuo favoreciste á mi alma! Cada ruego tuyo era presentado al Señor, y me acercaba un paso más á las suspiradas puer-tas del etc. no descanso.

EL.—¿Quién por mí rogará ahora?

ELLA.—¡Consuélate! Pues rogaste por mí, no faltará quien te favorezca con igual auxilio.

EL.—Concédame el cielo esa gracia

ELLA.—Así será. Mas no fies en la oración que pueden enviarte muchos de esos que andan hoy tan divertidos á nuestro rededor. Será, sí, de los que, huyendo de mundanos ruidos, en solitario retiro, y á medos con el llanto los ojos, recuerdan ante el altar los nombres de su difunto. Desprecia la bulliciosa romería que ves desfilar hoy por las calles de esa profanado recinto. El mundo que aquí ves sólo piensa en sí y en sus goces y riquezas y se burla de la otra vida, ó por lo menos, no se da cuidado alguno por ella. Los dioses, que tiene y á quien sirve de todo corazón son el placer y el dinero. Fuera de eso, poca cosa más le preocupa. Si acude hoy aquí es por antigua costumbre y por lucir, como en otro paseo cualquiera, su fausto y su vanidad. ¿Ha pensado en tí cualquiera de esos que aquí han parado? ¿Has recibido de ellos un Padre nuestro siquiera que refrigerase tu corazón? Pues así es el mayor número; almas menguadas que no temen ni respetan el sagrado de este lugar, y que lo profanan hasta convertirlo en teatro de gulas y sensualidades.

EL.—¡Es verdad! ¿Hasta aquí se come?

ELLA.—Sí, hombre, se come, y se salta, y se bramea, y sesueltan dichos y se relatan historias, agravio tal vez del pudor y de la fe cristiana.

EL.—¿Qué tiempos, Dios mío! No sucedía antes así.

ELLA.—Es verdad. Pero antes eran más puros los corazones... y la fe reinaba en ellos.

NOCHE DE ÁNIMAS.

Noche lóbrega y oscura con un silencio de muerte; descansan en la sepultura los que han muerto para siempre.

Las estrellas temblorosas dormitan, en frágil sueño y las almas dolorosas lloran con fuerte empuño.

Las luces de los faroles alumbran tímidamente; y los fuertes arboles, descargan viento inlemente.

La lluvia precipitada forma largos arroyuelos; puesta la tierra mojada y húmedo bastante el medo.

Por terminar, en conjunto es una noche penosa; propia para los difuntos y para las dolorosas.

Angel Trebol y Sarrión

EL OSO Y LA MONA

Un espectáculo bastante divertido y animoso, fué el que presenté, ha pocos días, en medio de gruesas y fuertes gotas, y más bien frío que calor.

—Un sacro úngaro, al son de un viejo pandero, hacía dar miles de piruetas, á un viejísimo oso, que casi no podía con su pesado cuerpo, y que solo servía cuando no quería danzar, que le diesen unos cuantos garrotazos, como lo usual á los chiquillos.

—Así siguiendo el úngaro, le dá al oso, una estaca, para que haga la instrucción.

—Aquello era morir de risa, cuando le decían ¡Apánten! ¡Fueg! pues el oso, hacía con los labios, una especie de soplido, como una detonación.

—Entonces el úngaro, le manda llamar á su compañera la mona, y le dice que la haga el amor.

—El oso, se vá derecho al úngaro, le coje el palo, y le dá una paliza, lo cual sirve para que la mona, dé grandes chillidos.

—Se pelean, se pelean, y el úngaro disuelve la cuestión, dando, un mendrugo de pan, á cada uno.

—Se concilian, se pone el oso por sombrero una cesta, y la mona por mantilla, un pedazo de saca, se agarran del brazo, y cogiendo una bandaja, dan la vuelta al carro, y yo caritativo les doy diez céntimos: en esto que las nubes, descargan con furia su poder majestuoso.

—Para completar la escena, encuéntrome un ciego tañendo desesperado su guitarra pidiendo una limosna; una limosna.

ANGEL TREBOL Y SARRIÓN
Madrid 1 de Noviembre.

EL ORGULLO

El hombre orgulloso de nacimiento alza su trono de sup erioridad sobre los demás mortales, en las ilusorias grandezas de las pequeñas humanas.

El orgullo es como un monóculo—perdonad la comparación por cuyo cristal cree hacer pasar la estultez viviente, las miradas del mundo sobre la propia personalidad; es el producto lisonjero de una imaginación enamorada del propio ser. También el moscardón que molesta á suanto le rodea, con sus zumbidos inaguantables al timpano menos sensible, creése generator de una música armoniosa y sublime, que doquiera, anuncia la magestad Sanjuanega del coleóptero?

El orgullo no hiere la retina del desgraciado que sufre esa afección tan peligrosa; porque jamás podemos figurarnos la magnitud de los defectos propios; pero evidencia la opacidad idiosincrásica de los demás.

Descubrimos en estos nunca en nosotros, lo que hay de pañal, de ridículo de extravagante, de extraño en esta pasión personal: Nada extravía al hombre orgulloso, tanto, como el orgullo de sus semejantes.

EL CATOLICISMO

Nos disfrazamos á sabiendas, porque no admitimos que las prendas personales de nuestros convencidos puedan igualarse á las nuestras.

Yo tolero el orgullo cuando la naturaleza ha sido prodiga, derramando dones sin tasa sobre el afortunado mortal que, ya por sus cualidades personales, ya por las dotes de su espíritu ó por las ventajas y méritos de sus talentos superiores sea una excepción en el orden general; pero al orgulloso que en su pedantería creese omnipotente á cuanto le rodea, porque su nacimiento le apartara momentáneamente de las miserias sociales... le detesto, le considero degradado pequeño; no hay nada que nos sea propio en la accidentalidad de la vida; solo el talento puede alzarse apocalíptico y soberano sobre las hediondes mundanas!

Dondequiera será el orgullo anatematizado como un vicio social. Alcanza esa negación de la realidad, lo hacemos en la mayoría de los casos, disfrazando nuestra inferioridad moral.

El hombre que comprende su insignificancia, se horroriza de su ignorancia superior, y se acoge al orgullo como única tabla de salvación por que en él es general, es el orgullo una enfermedad á cuyo tratamiento no nos sujetamos porque dejaríamos de ser punto de mira en la sociedad en cuanto no ostentáramos motivo de curiosidad pública. A los hombres nos gusta, no teniendo opinión propia, pavonearnos con la de los demás.

Engañamos voluntariamente nuestra propia personalidad, por eso hay una diferencia grande de lo que realmente somos á lo que aparentamos ser.

El orgullo además viene á ser así como un sentimiento filosófico.

La futilidad del orgulloso es aparecer, siempre en un plano superior á cuanto pueda afectarle.

El orgullo solo puede producir en el individuo, vaciedades é incertidumbres y, siempre, engendra odios y aconseja injusticias y violencias.

Al orgulloso por inclinación y por instinto hay que compadecerle.

Dejémosle pensar y despidámonse con una sonrisa de conmiseración en su atribularia caminata á través de la espumosa senda de la vida.

Trabajo árduo, y empresa difícil, es el asunto de que voy á tratar: para iluminar la mente, de algunos que se dicen católicos, y luego resuelta que pertenecen á alguna secta de las que abundan en este mundo dichoso, pues no sirven nada más que para destruir á los cristianos, y á la Iglesia, con tanto trabajo levantada, para que en un momento, se destruya la Religión, que es el principal objeto del Catolicismo.

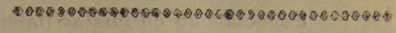
Esas sectas herrosas, que nos desatazan las leyes de la Religión, pisoteándola y confundiéndola, y queriendo confundir á nosotros mismos con sus iniquidades, son las causantes de que hoy día, la mayor parte de las personas, estén metidas en esas sectas, en esas sociedades del infierno, donde no se habla más que pecados, y propagar diciendo, que no hay Dios nada más que para los curas y esas parecidas; mas no son personas pobres las que lo dicen: sino personas ricas, á las cuales les gusta mucho la riqueza, alobanz, y lisonja.

Y además, dan limosna, para que su nombre vaya corriendo de boca en boca, y digan que son caritativas, y buenas cristianas que van todos los días á Misa, confiesan y comulgan, mientras tanto están afiliadas á una sociedad no cristiana

No: eso no esá bien ni un poquito bien.

Porque el aparentar de ese modo, comulgar y confesar, es un sacrilegio perteneciendo á una secta.

(Continuará)



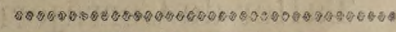
SECCION RECREATIVA

Variedades

- En un exámen.
- ¿Quién fué el padre de Carlos II?
- Carlos I
- ¿Y el de Carlos I?
- Carlos 0
- ¿Cuántos años tienes Pepito?
- Seis.
- ¿No es posible: el año pasado tenías cinco y seis este son ocho.
- El niño después de reflexionar.
- ¿Cuántos pies tenía V. el año pasado?
- Dos
- ¿Y este?
- Dos
- Luego tiene V. cuatro,

Aquel que dice: «Nadie sabe lo que pasa en mi interior», se engaña, por que nuestros mas secretos pensamientos, buenos ó malos, se manifiestan al exterior por algún indicio que no se puede escapar ni aun á los menos observadores.

El corazón del hombre ingrato, se asemeja á un desierto que elupa ávidamente el agua que cae del cielo y no produce nada.



Banco de Cartagena

Sucursales en la Región de Levante, Andalucía y Norte de Africa
Capital completamente desembolsada Pesetas 10.000.000

Este Establecimiento ofrece las mayores facilidades para las operaciones siguientes:

Compra y venta al contado y en Bolsa de toda clase de fondos públicos valores industriales.—Cobro y descuento de cupones y de efectos de giro sobre España y el Extranjero.—Cesión de giros en Pesetas, Libras, Francos y Marcos, etc.—Cartas de crédito.—Giros telegráficos.—Giros sobre Cuba, Puerto-Rico, Filipinas y principales plazas de América y Asia.—Compra y venta de monedas y de billetes extranjeros.—Préstamos y créditos en cuenta corriente, con garantía de firmas ó de valores declarados.—Deposito en custodia de toda clase de objetos preciosos y valores, su cobro y premio alquino á sus clientes.

Apertura de cuentas-corrientes abonando los siguientes intereses:

Cuenta corriente disponible á la vista	1 por ciento anual
« « « á ocho días	1 1/2 » »
« « « á 30 »	1 50 » »
Imposiciones á fecha fija	3 » »

Este Banco facilita á sus cuenta-corrientistas toda clase de transferencias, cheques y traslado de fondos sobre todas las Capitales y pueblos de importancia.

CAJA DE AHORROS

A las cantidades impuestas en la Caja de Ahorros se otorgarán intereses á razón del tres por ciento anual, acumulables el 31 de Diciembre de cada año.

HORAS DE OFICINA
De 8 á 12 y de 3 á 5

Sucursal en Elche:

Imprenta de Juan Díaz, García Calle del Carmen 13 Duplicado Elche

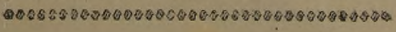
Los dolores de María

Los dolores que tuviste por Jesús crucificado, desgarran mis pechos triste por ser de tu hijo amado.

Quando tu alma estaba llena de dolor y de amargura, por el llanto y la pena, destacase tu hermosura ostentando la diadema de madre y esposa pura. Al ver aquel niño en la cruz muerto por los pecadores, destruyésete el corazón, y todos los mil amores. ¡Virgen gloriosa del Amor puro canto y bondadoso, dáos un puesto en la gloria para ver tu rostro hermoso. ¡María madre de gracia Virgen Misericordiosa! ¡Pide tú á Jesús la gracia Tú mi madre dolorosa!

ANGEL TREBOL

Madrid-29 Octubre 1909



SECCIÓ DE ANUNCIOS

INDUSTRIAL - ILLICE
Grandes Fábricas de pastas finas para
sopa movidas á vapor
EN
Elche y Alicante
Especialidad en pastas italianas

DISPONIBLE

ALMACEN
DE
Hierros, Aceros, Ferretería, Bateria
de cocina y carbones
DE

Adolfo Fenoll
BAJADA DEL PUENTE. 19.-ELCHE

DISPONIBLE

Disponible

Fábrica Moderna
DE YESO
DE
Pérez, Antón y Compañía
Carretera de Aspe (Velarde,) 27
Elche

DISPONIBLE

Antonio Lloret
establecimiento de paquete-
ria, mercería y juguetes.
Salvador, 4
ELCHE

Disponible

Comestibles
Y
SALAZONES
DE
Antonio Gozávez
Plaza Abastos
ELCHE

Disponible

Gran Surtido
En cuerdas de tripa, acero y
seda, para toda clase de instru-
mentos.
Aureliano Botella
Plaza Abastos 47 y 48
ELCHE

Disponible

Taller de Cerrajería
DE
Francisco Mora
Plaza Barcas
ELCHE

Disponible

DISPONIBLE

Disponible

DISPONIBLE

Disponible

IMPRESA
DE
Juan Díaz García
Cármén, 13. duplicado

Cuantos trabajos se deseen en este ramo
se confeccionan con prontitud, esmero y
precios sumamente económicos.

DISPONIBLE

Disponible

LA PERLA

En